

Julián

Isabel Garzo

(Relato contenido en la antología *Veinte aullidos del pianista*, de Demipage)

Qué típico de los niños entrar a las casas propias y ajenas a la carrera, con determinación, como si tuvieran muy claro a dónde se dirigen. Es inevitable que lleguen a un punto al final de la estancia en el que no han encontrado aquello que buscaban. Entonces se dan la vuelta con las manitas apoyadas en el mueble que frenó su avance y con cara de extrañeza. Tras la exploración fugaz y fallida, solo queda atenerse a las reglas. Ver qué proponen los adultos (comer, jugar, esperar) y acatarlo o rebelarse. ¿No entramos todos así a nuestras vidas?

Así entra Julián por primera vez en la enorme casa blanca con las aristas de ladrillo rojo. Como si se le hubiera olvidado algo y corriera a buscarlo porque alguien lo espera con la puerta del coche abierta. Tiene cuatro años y dos meses. Ya conocía a sus abuelos, pero siempre los había visto en otros lugares, nunca en el entorno que les era más familiar, su casa del pueblo. La construcción está rodeada en tres de sus cuatro costados por un jardín casi obscuro en su fertilidad pero no demasiado cuidado. Aquí y allá florecen enormes árboles con hortensias rosas y azules o enredaderas ávidas y brillantes, pero en otras partes hay claros de tierra, zarzas secas u ortigas. Puede apreciarse una preciosa hilera de geranios de colores brillantes pero también algunos tiestos vacíos y resquebrajados junto a una carretilla oxidada. Es el jardín de una casa donde ya hay demasiados niños que atender, donde las personas tienen cosas más importantes que hacer. Tiene un porche con sillas de plástico donde se celebran todas las comidas y reuniones en los meses de verano. Hay tal ir y venir de familiares de distintos grados que un día se estableció que se dejaría una llave de la puerta de entrada en el hueco de un canalón reconvertido en escondite.

Qué despacio transcurren los años en la época en la que Julián cumple diez. Siente que es su año; el número define al niño como si no hubiera habido otros antes ni fuera a haber muchos más después, en un inocente pero sobre todo insolente *carpe diem* como el que abanderan todos los niños sin saberlo. Si hubiera una cámara estática que enfocara desde dentro de la casa hacia la puerta, se vería al crío entrar con altivez, dueño de todo. La puerta de entrada apenas ha sufrido cambios en todo ese tiempo. Una persona observadora distinguiría quizá un mueble distinto en el recibidor, una bombilla con la luz más fría o una nueva capa de pintura del mismo color tostado en las paredes. Con sus recién estrenados diez años, Julián la cruza abrazado a su cuaderno de partituras. Disfruta en sus clases de solfeo, aunque siente vergüenza por no enloquecer con el fútbol como sus amigos.

Unos años después, la cámara imaginaria lo capta entrando siempre el último a la estancia, detrás de sus primos. Ellos tienen zapatillas más nuevas y de mejores marcas. Él arrastra las suyas con desgana porque preferiría estar en otro lugar. Suele seguirlos allá donde ellos proponen. De vez en cuando se meten en algún lío y sus padres lo regañan con extrañeza, como si no lo reconocieran. No sabe si es mejor o peor que sepan que la idea no ha sido suya.

Una constelación de acné decora el rostro y el cuello de Julián, y las bromas supuestamente bienintencionadas sobre su problema pasajero hacen que le arda la piel de las mejillas. En varias ocasiones, Julián no entra cuando se abre la puerta. Se ha quedado en la ciudad con algún amigo; su endeble autoestima preadolescente se niega a escuchar según qué comentarios. Huye de la gente que lo quiere porque la ley del pueblo impide hablar de susceptibilidades o de sentimientos. Solo son loables la mofa y, si acaso, el ingenio. Qué saben ellos de todo lo que ya ha probado y aprendido, si para ellos sigue siendo un niño, si en las sobremesas solo recuerdan sus hazañas más cómicas o los penosos espectáculos de variedades que preparaba con sus primos. Se pierde algunos asados, algunos juegos.

Recién estrenada su mayoría de edad, lo vemos sentado alrededor de la mesa junto a una docena de miembros de su familia, en un silencio incómodo. Casi todos habían llegado el día de antes con motivo de las fiestas del pueblo, pero ese año nadie con su apellido las va a celebrar. Las camisetas de las peñas, echadas a perder. En su lugar predominan las ropas de color oscuro. Hace un momento cruzó la puerta ausente, con su mente en otro lugar. Con qué facilidad se les ocurren a los personajes de las películas americanas historias divertidas y entrañables sobre los difuntos. Qué adecuadas son las últimas palabras y promesas que les dedican. Julián no había hablado mucho con su abuelo, que había desempeñado a la perfección el papel de gruñón ante las trastadas de sus numerosos nietos y que abanderaba un silencio espeso y escéptico cuando salía el tema de la faceta artística de Julián. Qué iba a saber él de sensibilidad, si solo conoció el campo, si no había leído a Faulkner ni escuchado a Chopin. Julián, al fin y al cabo, ha vivido siempre en la ciudad, no ha visto a su abuelo comunicarse con las nubes para predecir la lluvia o acariciar en su juventud a una res para acompañarla en sus últimos minutos de vida. Qué va a saber él de sensibilidad. Los momentos que habían compartido los dos solos podían contarse con los dedos de una mano. Como aquel en el que le puso en el tocadiscos un bolero de Los Panchos y lo invitó a tomar un chupito de brandy, algo por lo que su abuela luego lo reprendería.

Fundido a negro. Alguien gira la llave con sigilo. La abuela no está ese fin de semana. Es Julián el que entra en la estancia de la mano de una tal Vanesa. Intenta parecer

desenfadado, que no se le transparenten el entusiasmo y la urgencia. Huele a jabón Lagarto.

Después está un tiempo largo sin cruzar el umbral. Solo su nombre está presente en la estancia cuando sus padres señalan en un mapa el país en el que está ese prestigioso conservatorio en el que ha conseguido que lo admitan o tratan de pronunciar, con orgullo pero sin mucho tino, el nombre del maestro que lo ha acogido entre sus pupilos. Sus primos asienten y buscan una broma con la que tomarle el pelo como siempre, pero tardan en encontrarla y cuando llega no le hace a nadie demasiada gracia. Cierta día, en el mueble del recibidor, junto al vaciabolillos de cuero y la foto de la graduación de su prima, aparece una foto enmarcada de una de sus primeras actuaciones multitudinarias. Los hijos y los nietos están condenados a avergonzarse de las fotografías de las que padres y abuelos están más orgullosos, en una gran paradoja de amor y desconocimiento mutuo.

Pasada la treintena ya solo va de visita. Nunca a pasar fines de semana, nunca a quedarse. No hay un pijama suyo en el cajón. Va a comer paella algún domingo o a celebrar las fiestas si coincide que está en el país, cosa que cada vez ocurre con menos frecuencia. En esas contadas ocasiones la familia se reúne en el porche y Julián solo cruza la puerta de entrada a la casa para ir al baño, dejar el abrigo o llevar la vajilla sucia de vuelta a la cocina. Una de estas veces, se queda mirando la imagen que le devuelve el espejo del recibidor. Ve dos Julianes, porque ahí sigue la foto de su actuación, en la que se curva levemente sobre el Stenway. Nunca se pareció a sí mismo un pianista. Aunque se ve todas las mañanas en el espejo de su baño, le sorprende ver su cara enmarcada por esas paredes del pasado, pesadas y elocuentes, y le parece impúdico observar la comparación con la impresión barata de la fotografía. Echa un vistazo a la estancia y la percibe, claro, más pequeña. Está limpia, pero tiene el leve desorden de las casas que han recibido un trasiego constante de objetos durante muchos años. Aquí y allá pueden encontrarse algunos de esos enseres indefinidos que consiguen aferrarse a una ubicación que en un principio era provisional, pero de la que después es difícil arrancarlos por no existir un lugar definitivo idóneo para ellos.

Elena irrumpe en el salón entre tambaleos. Sus pies calzados en botitas color menta son los dedos torpes de un niño que aporrea un piano en sus primeras clases. Avanza tan rápido como puede hasta apoyar sus manitas en el sofá que encuentra al final, en línea recta. Julián pide a su mujer que le sostenga el abrigo para poder ir tras la niña por si trastabilla. Está en esa época en la que todavía le cuesta creer que es padre, en la que los jóvenes se afanan por simular que tienen todo controlado y ocultar que se sienten aún unos niños. Enseña a su hija, con orgullo, todos los rincones de la casa a los que lleva años sin asomarse pero con los que se reconcilia para ese encuentro. La

nostalgia se asoma con timidez entre la ingratitud y el desapego que reinaron un tiempo.

Pasa más de una década sin cruzar el umbral. Cuando se fue también su abuela se fueron con ella sus motivos para volver. La abuela Lucía, a quien Julián no había visto adivinar un embarazo cuando la futura madre aún vivía en la ignorancia ni mediar con sus palabras en una vieja rencilla que afectaba a casi todos el pueblo, se fue con una sonrisa en la cara, orgullosa de sus flores, sus cojines bordados y sus nietos. Ni sus padres ni sus tíos, ya mayores, desean vivir allí, porque está lejos de todo y en ese pueblo no hay nada. Sus primos sí anhelan la casa porque está ahora de moda ensalzar lo rural, pero tienen empleos precoces, situaciones personales endebles, problemas de salud mental o todo a la vez. No le da demasiada pena que sus padres y sus tíos decidan ponerla a la venta; a todos les viene bien el dinero.

Silencio. En la casa reina ahora la calma que queda cuando se marcha el último invitado de una fiesta. Una gota de agua tiembla en el techo antes de caer junto a la puerta de la cocina, y la siguen otras, pero nadie pone un barreño en el suelo para recogerlas. La persona de la inmobiliaria aseguró que tardaría poco en venderse; se equivocaba. Algunos de sus tíos empiezan a necesitar su parte del dinero con urgencia, por lo que todos acceden a abaratar el precio más allá de lo razonable.

En una llamada de teléfono a deshoras Julián se entera de que un grupo de okupas y su media docena de perros lleva meses viviendo en la casa y de que han echado a perder gran parte de lo poco que quedaba en ella con algún valor. Antes de venderla tendrán que hacer una buena reforma y una limpieza en profundidad. Julián se sube en el primer avión desde el Reino Unido para hacer el papeleo con la policía —todos tienen claro que el asunto debe gestionarlo él— y se decide a revisar los ahorros que tiene en la cuenta que nunca toca.

Elena acaba de cumplir diez cuando Julián cruza la puerta de la casa por primera vez en calidad de propietario. Pone los brazos en jarras y arquea la espalda hacia atrás como solo lo hacen las personas que ya no son tan jóvenes. La niña lo imita, pero solo en la parte de los brazos y no en la inflexión, antes de salir corriendo en busca de su madre. Julián duda que el piano quepa por esa puerta; algo tendrán que inventarse. Piensa en qué conservará —la vajilla de barro, las hortensias, la cálida aunque imprudente llave escondida en el porche— y qué cambiará —el vaciabolsillos, las sillas de plástico, los comentarios que solo hacen gracia si eres inusualmente fuerte. Al mirar hacia fuera a través de la puerta abierta, ve a su mujer y a su hija arrancando las malas hierbas del jardín.

Fin